

Civilización ecológica, revolución ecológica

John Bellamy Foster
Universidad de Oregón. Estados Unidos.
jfoster@uoregon.edu
<https://0000-0001-7418-3004>

Resumen

Lo que se necesita para llevar a cabo una revolución ecológica dirigida a la supervivencia humana no es simplemente una reforma medioambiental, sino una revolución ecológica y social mucho más amplia dirigida a trascender la lógica del propio capitalismo.

Palabras clave: ambiente, ecología, revolución, capitalismo, marxismo.

Summary

What is needed to bring about an ecological revolution aimed at human survival is not simply environmental reform, but a much broader ecological and social revolution aimed at transcending the logic of capitalism itself.

Keywords: environment, ecology, revolution, capitalism, Marxism.

Esta es una versión adaptada de una conferencia pronunciada en la Academia Ecológica John Cobb en Claremont, California, el 24 de junio de 2022, sobre el tema de la civilización ecológica. Su objetivo era hacer un seguimiento de la Decimoquinta Conferencia Internacional sobre Civilización Ecológica”, celebrada en Claremont los días 26 y 27 de mayo de 2022. La charla, que se pronunció ante un público mayoritariamente chino, fue seguida de una extensa entrevista realizada por académicos marxistas ecológicos chinos, titulada “¿Por qué el Gran Proyecto de Civilización Ecológica es específico de China?”, que se está publicando simultáneamente como un ensayo de Monthly Review en MR Online. Tanto la conferencia como la entrevista están siendo publicadas conjuntamente por el Poyang Lake Journal de China.

Me gustaría hablarles hoy de las conexiones entre la civilización ecológica, el marxismo ecológico y la revolución ecológica, y de las formas en que estos tres conceptos, cuando se toman juntos dialécticamente, pueden ser vistos como apuntando a una nueva praxis revolucionaria para el siglo XXI. Más concretamente, me gustaría preguntar: ¿Cómo debemos entender los orígenes y el significado histórico del concepto de civilización ecológica? ¿Cuál es su relación con el marxismo ecológico? ¿Y cómo se relaciona todo esto con la lucha revolucionaria mundial destinada a superar nuestra actual emergencia planetaria y a proteger lo que Karl Marx llamó “la cadena de generaciones humanas”, junto con la vida en general?

En 2018, el teórico cultural Jeremy Lent, autor de *The Patterning Instinct: A Cultural History of Humanity's Search for Meaning* (2017), escribió un artículo para el sitio online [Ecowatch](#), titulado “¿Qué significa la “civilización ecológica” de China para el futuro de la humanidad?” Este artículo exhibe un punto de vista peculiarmente occidental, que, si bien reconoce el carácter distintivo de la noción de civilización ecológica en China, sin embargo, intenta separar la concepción central de China en este sentido del marxismo ecológico y la crítica del capitalismo. Al abrir su artículo, Lent escribe:

“Imaginemos que un presidente de Estados Unidos recién elegido aboga en su discurso de investidura por una “civilización ecológica” que garantice “la armonía entre la humanidad y la naturaleza”. Ahora imagina que pasa a declarar que “nosotros, como seres humanos, debemos respetar la naturaleza, seguir sus caminos y protegerla” y que su administración “fomentará modos de vida sencillos, moderados, ecológicos y con bajas emisiones de carbono, y se opondrá a la extravagancia y al consumo excesivo”. Se podría decir que se trata de un sueño. Incluso en las naciones europeas occidentales más progresistas, es difícil encontrar un líder político que adopte una postura semejante.

Y, sin embargo, el líder de la segunda economía del mundo, Xi Jinping de China, hizo estas declaraciones y más en su discurso ante el Congreso Nacional del Partido Comunista en Beijing el pasado mes de octubre [2017]. Continuó especificando con más detalle sus planes de “intensificar los esfuerzos para establecer un marco legal y político... que facilite el desarrollo verde, bajo en carbono y circular”, para “promover la forestación”, “fortalecer la conservación y restauración de los humedales” y “tomar medidas duras para detener y castigar todas las actividades que dañan el medio ambiente.” Para cerrar su tema con broche de oro, proclamó que “lo que estamos haciendo hoy” es “construir una civilización ecológica que beneficie a las generaciones venideras”. Trascendiendo los límites parroquiales, declaró que la misión permanente de su Partido era “hacer nuevas y mayores contribuciones a la humanidad... tanto para el bienestar del pueblo chino como para el progreso humano”.

¿Por qué la categoría de civilización ecológica, tan central para China en la actualidad, es en gran medida inconcebible incluso como tema de conversación dentro del núcleo imperial del mundo capitalista, quedando totalmente fuera de su esfera ideológica? Lent sostiene que ese principio es diametralmente opuesto a la cultura occidental tradicional, desde Platón hasta nuestros días, con su visión alienada de la naturaleza, en la que el medio ambiente se considera simplemente como algo que hay que conquistar. Esto contrasta fuertemente, según él, con la cultura más ecológica de la civilización china de 5.000 años de antigüedad, aunque China también ha experimentado miles de años de destrucción ecológica. Cita al primer filósofo neoconfuciano Zhang Zai de hace mil años, que escribió:

El cielo es mi padre y la tierra es mi madre, y yo, un niño pequeño, me encuentro situado íntimamente entre ellos.

Lo que llena el universo lo considero mi cuerpo; lo que dirige el universo lo considero mi naturaleza.

Todas las personas son mis hermanos y hermanas; todas las cosas son mis compañeras

Para Lent, la visión china de la civilización ecológica -aunque loable- no tiene realmente nada que ver con la economía política de la China actual ni con el marxismo. Más bien la asocia con la “regeneración” de los valores tradicionales chinos. En este caso, el hecho de que el Partido Comunista Chino haya adoptado la noción de civilización ecológica, mientras que tal visión de futuro es generalmente incomprensible en Occidente, se interpreta

simplemente en términos de las muy diferentes herencias culturales de China y Europa.

De este modo, la divergencia entre Asia y el mundo occidental en lo que respecta a la civilización ecológica se separa en gran medida de los fundamentos materiales y de cuestiones como el capitalismo y el socialismo. Por lo tanto, desde la perspectiva de Lent, el énfasis de China en la civilización ecológica no tiene nada que ver -salvo en un sentido negativo- con el marxismo ecológico. Más bien, la República Popular China se caracteriza por ser un estado autoritario que es el símbolo mismo de la falta de libertad. Señala que la economía “hiperindustrial” de la China contemporánea es en cierto modo peor que la que prevalece en Occidente, que la lleva por el camino de la contaminación de toda la tierra y que se opone a su pretensión de construir una civilización ecológica.

El argumento de Lent parece ser que, aunque Europa y Norteamérica tienen unos fundamentos políticos y económicos superiores, su progreso medioambiental se ve obstaculizado por su cultura ecológica tradicional más destructiva. China, en comparación, tiene una cultura ecológica más armoniosa que se remonta a milenios atrás, pero su régimen político-económico “hiperindustrial” y autoritario le impide llevarla a cabo, poniendo así en peligro a toda la Tierra y a toda la humanidad, a menos, claro está, que la cultura ecológica tradicional de China triunfe sobre sus actuales objetivos político-económicos de inspiración marxiana.

Este intento, en nombre de los valores tradicionales chinos, de separar la noción de civilización ecológica del marxismo ecológico y la cuestión del cambio ecológico a escala revolucionaria tiene como objetivo último desconectar la idea de progreso ecológico de una praxis socialista de desarrollo humano sostenible. Por el contrario, sostengo que el concepto de civilización ecológica es de hecho un producto histórico del desarrollo del marxismo ecológico. Cualquier intento de separar ambos, a pesar de la importancia de los valores tradicionales chinos, es negar el significado histórico del concepto de civilización ecológica y su importancia para concebir la necesaria revolución ecológica mundial.

El marxismo ecológico y los orígenes del concepto de civilización ecológica

En los años 70 y 80 resurgió el pensamiento ecológico soviético, que en muchos aspectos había liderado el desarrollo de la ciencia ecológica en los años 20 y 30, para degenerar en las décadas siguientes debido a factores políticos y sociales. Sin embargo, con su renovación en los años 70 y 80, la ecología soviética adquirió un carácter nuevo y distintivo, al considerar que el problema ecológico estaba relacionado con la cuestión general de la civilización.

Esto fue especialmente evidente en una importante colección sobre La filosofía y los problemas ecológicos de la civilización, editada por A. D. Ursul y publicada en 1983. Este volumen incluía contribuciones de algunos de los principales científicos y filósofos de la URSS. Esto condujo directamente al concepto de civilización ecológica, con una serie de otros trabajos sobre el tema que aparecieron en 1983-84, y con la misma noción entrando casi inmediatamente en el marxismo chino, donde se convertiría en una categoría central de análisis.

La civilización ecológica en el sentido marxiano apunta a la lucha por trascender la lógica de todas las civilizaciones anteriores, basadas en las clases, en particular el capitalismo,

con su doble dominación/alienación de la naturaleza/humanidad. En *Philosophy and the Ecological Problems of Civilisation*, P. N. Fedoseev, vicepresidente de la Academia de Ciencias de la URSS, abordó la cuestión del “rechazo de las conquistas de la civilización” implícito en muchos intentos de los Verdes de afrontar el problema ecológico, que a menudo generan utopías históricamente desencarnadas, ya sean retrógradas o tecnocráticas.

El filósofo ambientalista Ivan Frolov, siguiendo a Marx, subrayó que el metabolismo humano con la naturaleza estaba mediado por el proceso de trabajo y producción, y por la ciencia, y por tanto dependía del modo de producción. El filósofo V. A. Los exploró cómo “la cultura se está convirtiendo en un antagonista... de la naturaleza” y se refirió a la necesidad de construir una nueva “cultura ecológica” o civilización, reconstituyendo sobre bases más sostenibles el papel de la ciencia y la tecnología en relación con el medio ambiente. Como explicó: “Es en el curso de la conformación de una cultura ecológica que podemos esperar no sólo una solución teórica de las agudas contradicciones existentes en las relaciones entre el hombre y su hábitat bajo la civilización contemporánea, sino también su abordaje práctico”.

Desde un punto de vista marxista ecológico, la crisis ecológica global emergente exigía, por tanto, una transformación ecológica para crear una nueva civilización ecológica, en línea con la larga historia del análisis ecológico dentro del marxismo, y una vía de desarrollo socialista. Marx y Engels se ocuparon ampliamente de las contradicciones ecológicas del capitalismo, yendo más allá de sus conocidas discusiones sobre la degradación del suelo y la división entre la ciudad y el campo, para abarcar cuestiones como la contaminación industrial, el agotamiento del carbón y de los combustibles fósiles en general (en términos de lo que Federico Engels llamó el “despilfarro” del “calor solar pasado”), la tala de bosques, la adulteración de los alimentos, la propagación de virus por causas humanas, etc. La célebre teoría de la ruptura metabólica de Marx, con la que abordó las crisis ecológicas de su época, se ha ampliado hoy para abordar la destrucción de los ecosistemas por parte del capitalismo y la alteración de casi todos los aspectos del medio ambiente planetario.

En la China del siglo XXI, el marxismo ecológico ha contribuido al desarrollo no sólo de una poderosa crítica de la devastación medioambiental contemporánea, sino también a la promoción de la civilización ecológica como respuesta. Consciente de que la ecología constituye, en última instancia, una base materialista más profunda para la sociedad que la mera economía, Xi ha subrayado, en sus concepciones de la civilización ecológica y de una “bella China”, que la ecología es “la forma más inclusiva de bienestar público”: “El hombre y la naturaleza forman una comunidad de vida; nosotros, como seres humanos, debemos respetar la naturaleza, seguir sus caminos y protegerla. Sólo observando las leyes de la naturaleza puede la humanidad evitar costosos errores en su explotación.

Cualquier daño que inflijamos a la naturaleza acabará volviéndose contra nosotros. Estas palabras están estrechamente relacionadas con el análisis ecológico clásico de Marx y Engels, que argumentaban con fuerza que los seres humanos son parte de la naturaleza y necesitan seguir sus leyes para llevar a cabo la producción, a la vez que se referían a la “venganza” de la naturaleza sobre aquellos que no respetan sus leyes.

El concepto de civilización ecológica que se está aplicando hoy en China se considera

que representa un modelo de civilización nuevo, revolucionario y transformador. Las civilizaciones anteriores se consideran, de acuerdo con el análisis marxista, como vinculadas a la sociedad de clases, pero dando lugar históricamente a nuevas etapas de desarrollo. Desde este punto de vista, la civilización ecológica es una etapa en el desarrollo de “una gran sociedad socialista moderna” que, a diferencia del capitalismo, no sacrifica a las personas y al planeta en aras de los beneficios. En contraste con la noción capitalista dominante de desarrollo sostenible, la civilización ecológica se entiende como la incorporación de los dominios de la política y la cultura, lo que lleva a un “enfoque cinco en uno” que va más allá de la tríada estándar de factores ambientales, económicos y sociales que ha llegado a caracterizar el desarrollo sostenible liberal. La civilización ecológica así concebida tiene como objetivo el desarrollo humano sostenible, dando más importancia a la definición no económica del bienestar y poniendo la política al frente.

Como señaló Chen Xueming en *La crisis ecológica y la lógica del capital*, los principios básicos que subyacen a la modernización ecológica socialista asociada a la civilización ecológica son “la prevención, la innovación, la eficiencia, la no equivalencia, la desmaterialización, la ecologización, la participación democrática, los cánones de contaminación y los escenarios en los que la economía y el medio ambiente salen ganando “. Las ocho prioridades para el establecimiento de la civilización ecológica se clasifican como:

- (1) Planificación y desarrollo espacial;
- (2) Innovación tecnológica y ajuste estructural;
- (3) Uso sostenible de la tierra, el agua y otros recursos naturales;
- (4) Protección ecológica y medioambiental;
- (5) Sistemas de regulación para la civilización ecológica;
- (6) Control y supervisión;
- (7) Participación pública; y
- (8) Organización y aplicación de la política/planificación medioambiental.

En el caso de China, estas reformas ecológicas a escala revolucionaria se están intentando llevar a cabo incluso en un contexto de rápido crecimiento económico destinado a equiparar a China con Occidente. La planificación integrada para proteger el medio ambiente se está incorporando a todos los planes de desarrollo económico. La seriedad con la que se persigue la civilización ecológica se refleja en el claro reconocimiento de que, en la aplicación de estos planes ecológicos, el crecimiento económico tendrá que ralentizarse un poco en relación con décadas anteriores.

Este enfoque medioambiental puede verse en las transformaciones radicales que China ha ido introduciendo en ámbitos como la reducción de la contaminación; la reforestación y la forestación; el desarrollo de fuentes de energía alternativas; la imposición de restricciones

en zonas fluviales sensibles; la revitalización rural; la autosuficiencia alimentaria a través de medios colectivos; y en muchos otros ámbitos. China ha hecho progresos espectaculares en la reducción de su dependencia del carbón, pero debido a la pandemia y a las crisis mundiales, ha retrocedido en parte en este sentido en los últimos años. No obstante, ha fijado fechas definitivas para la implantación de la civilización ecológica, entre las que se incluyen tener los principales componentes de su civilización ecológica para 2035, establecer una China bella para 2050 y alcanzar las emisiones netas de carbono cero para 2060.

La lucha por la creación de una civilización ecológica en China significaría muy poco, por supuesto, si se tratara simplemente de un programa de arriba abajo, que casi con toda seguridad perdería su ímpetu y sucumbiría a las fuerzas económicas y burocráticas. La radicalidad de la transformación queda salvaguardada por el hecho de que, en la sociedad posrevolucionaria china, las metamorfosis ecológicas emanan tanto de arriba como de abajo, aprovechando las luchas por la reconstrucción rural en respuesta a la división entre el campo y la ciudad.

Por ejemplo, Yin Yuzhen, una campesina que vive en el desierto de Uxin Banner, en Mongolia Interior, decidió recuperar el desierto, entrando en una lucha de treinta y siete años en la que ella y su familia han plantado 500.000 árboles. Se ha convertido en una respetada experta en el reverdecimiento de los desiertos. Los campesinos de la región se unieron al esfuerzo de forestación, y casi 6.700 kilómetros cuadrados de arena estéril se convirtieron en verdes. Yun Jianli, antiguo profesor de instituto se organizó con éxito contra la contaminación del agua. En 2002, fundó Green Han River, una organización de protección del medio ambiente para proteger el río Han de la contaminación, elaborando innumerables informes medioambientales y oponiéndose a los propietarios y gestores de las fábricas. La organización cuenta con más de 30.000 voluntarios. En 2018, habían organizado más de mil viajes de campo para investigar las fuentes de contaminación a lo largo del río Han, recorriendo más de 100.000 kilómetros en total.

El objetivo es movilizar a toda la sociedad para la protección del medio ambiente. Wang Pinsong, de Shangri-La, junto al río Gold Sand, en el suroeste de China -una zona que alberga a quince grupos étnicos-, lideró la movilización de su pueblo en oposición a un proyecto de construcción de una presa en Tiger Leap Grove, que habría desplazado a 100.000 aldeanos y engullido 33.000 acres de tierra fértil junto a las orillas del río. La organización medioambiental a nivel popular, basada en la automovilización de la población, es una fuerza poderosa en la China actual, que apunta al desarrollo de un nuevo comunismo ecológico.

Un indicio importante del enfoque de China respecto a las cuestiones y amenazas medioambientales es su exitosa respuesta a la COVID-19, que ha dado lugar a una tasa de mortalidad de cuatro muertos por millón de personas, en comparación con la tasa de mortalidad por COVID de Estados Unidos, que es de 3.107 por millón (a fecha de 22 de junio de 2022). El logro de China en la protección de su población y, en una situación en la que todos ganan, también en la protección de su economía, es ampliamente malinterpretado en Occidente como el resultado de un conjunto autoritario de cierres impuestos desde la cima de la sociedad. Sin embargo, el secreto de los logros de China, especialmente en las primeras etapas, fue la adopción del modelo de la guerra revolucionaria popular: el reclutamiento de la automovilización de toda la población en la lucha contra el COVID y la resurrección de la

línea de masas, que conecta a la población con el Estado y el partido.

China y la revolución ecológica

China se enfrenta a enormes contradicciones ecológicas internas de su sociedad, al igual que la producción mundial en su conjunto. En términos de emisiones anuales de carbono, China es el mayor contaminador del mundo. Sin embargo, gran parte de ellas se dedican a la producción de productos manufacturados para su consumo en Occidente, mientras que las emisiones históricas de carbono de China siguen siendo superadas con creces por las de Estados Unidos y Europa, siendo Estados Unidos responsable de diez veces más dióxido de carbono concentrado en la atmósfera que China. En términos de emisiones de dióxido de carbono per cápita, China produce hoy menos de la mitad del nivel de Estados Unidos.

En *¿Salvará China el planeta?* (2018), Barbara Finamore, directora estratégica sénior para Asia del Consejo de Defensa de los Recursos Naturales de Estados Unidos, sostiene que si bien “China sigue siendo el mayor emisor de GEI (gases de efecto invernadero), podría decirse que está haciendo más que cualquier otro país para tratar de reducir las emisiones globales de carbono, aunque sigue enfrentándose a enormes desafíos”. No cabe duda de que la lucha de China por crear una civilización ecológica es revolucionaria si se compara con los esfuerzos de otros países. Esto se debe en gran medida a su papel como formación social posrevolucionaria de orientación socialista que conserva un gran elemento de capacidad de planificación económica, dirección estatal y valores colectivos, vigorizados por la continua movilización popular tanto en las zonas rurales como en las urbanas.

Esto nos devuelve a la pregunta que Lent planteó implícitamente en el pasaje citado al principio de esta charla. ¿Por qué es tan imposible que un jefe de Estado estadounidense o europeo se haya referido, como lo hizo Xi, a un objetivo presente y futuro para la sociedad expresado no en términos de mero crecimiento económico, sino destacando la importancia de crear una civilización ecológica? La respuesta no es simplemente, como quiere hacernos creer Lent, que China ha regenerado sus valores ecológicos tradicionales, o que Occidente está casado con una cultura, que se remonta a miles de años, orientada a la “conquista de la naturaleza”. Más bien, la división fundamental es entre una sociedad posrevolucionaria que ha adoptado el marxismo con características chinas -abarcando la crítica ecológica que emana del materialismo histórico clásico y tratándola como algo central para toda la larga revolución del socialismo- y un orden capitalista sin paliativos en el que el único mantra es “¡Acumular, acumular! Ese es Moisés y los profetas “.

No hay ninguna posibilidad de que los intereses de la clase dominante en un país capitalista central como Estados Unidos, que ha cultivado durante mucho tiempo un “modo de vida imperial” y una producción que beneficia principalmente a la cúspide de la sociedad, se vuelvan de alguna manera y aboguen por un modo de vida bajo en carbono, “simple, moderado y verde”, o se opongan al consumo excesivo y a la desigualdad, tal como avanza la noción china de civilización ecológica. Más bien, la principal propuesta radical en Occidente para hacer frente a la amenaza ecológica global es la de un Nuevo Pacto Verde patrocinado por el Estado, que suele articularse en términos de mecanismos de mercado, cambio tecnológico y empleos climáticos, que permitirán que la producción continúe, esencialmente sin cambios.

Sin embargo, la perspectiva de un New Deal verde, dado el alcance de la oposición al capital fósil que requeriría, no ha llegado prácticamente a ninguna parte en Estados Unidos ni en Europa, ya que incluso esto se concibe como una grave amenaza para los intereses dominantes. El resultado es que la salvación del planeta como lugar para la habitación humana se deja, irónicamente, en el capitalismo contemporáneo casi por completo en manos del sector privado, que es la fuente histórica de la destrucción ecológica global, mientras que el esfuerzo de reforma medioambiental se ha reducido a la creación de mercados verdes financiados por el Estado para las corporaciones privadas y a nuevas formas de financiarización de la naturaleza. Por lo tanto, el mamotreto capitalista continúa su avance, destruyendo a su paso las propias condiciones del futuro humano.

En términos de pura capacidad, los países ricos, desarrollados y tecnológicamente avanzados, que constituyen el núcleo del sistema capitalista mundial, podrían fácilmente liderar la lucha contra el problema ecológico. Su incapacidad política para hacerlo está ligada a la debilidad de los principios socialistas, colectivos y ecológicos en la sociedad capitalista de las mercancías; a la ausencia virtual de planificación (fuera de la militar); y al temor de la clase dominante a la auto-movilización de las poblaciones, que es necesaria si se quieren llevar a cabo transformaciones a escala revolucionaria en nuestra relación económica con el medio ambiente. Lo que se necesita para llevar a cabo una revolución ecológica dirigida a la supervivencia humana no es simplemente una reforma medioambiental, sino una revolución ecológica y social mucho más amplia dirigida a trascender la lógica del propio capitalismo.

El ecosocialismo revolucionario y el futuro

Hasta ahora, he destacado la importancia del ecosocialismo revolucionario o del marxismo ecológico en la concepción de la civilización ecológica. No es casualidad que la noción de civilización ecológica apareciera por primera vez en la década de 1980 en la Unión Soviética y que se esté aplicando como principio rector y proyecto central en China, mientras que apenas se discute en otras partes del mundo. Esto no puede atribuirse únicamente a la cultura tradicional china, aunque haya desempeñado un papel. Tampoco tiene sentido relacionarlo con la noción de cultura posmoderna, que no ha tenido ninguna relevancia material real en este sentido. Más bien, la noción de civilización ecológica es inconcebible en cualquier sentido significativo fuera de una sociedad comprometida con la construcción del socialismo y, por tanto, activamente comprometida con la lucha contra la primacía de la acumulación de capital como medida suprema del progreso humano. Es precisamente aquí donde la ecología marxiana ha tenido un enorme papel.

El marxismo ecológico se ha desarrollado en China en términos de su propia “tradición revolucionaria vernácula”, en la que los nuevos conceptos críticos se consideran directamente orientados a los problemas y se ponen inmediatamente en funcionamiento. Esto es distinto de su conceptualización en Occidente, donde los investigadores ecosocialistas están más alejados de la praxis y se han dedicado generalmente a desarrollos teóricos más amplios, y a menudo más abstractos. Una de las principales preocupaciones de la ecología marxiana en Occidente (así como en gran parte del resto del mundo) ha sido la reconstrucción de la teoría de la ruptura metabólica de Marx, y cómo mejorar la crítica continua del capital en este sentido. Por lo tanto, debería ser prioritario aplicar esta crítica ecológica renovada que

emana del materialismo histórico clásico a los problemas de la construcción de la civilización ecológica en China y, de hecho, muchos estudiosos de este país se dedican actualmente a ello.

En cuanto a lo que hemos aprendido en la reciente renovación y elaboración de la ecología marxiana, una serie de conceptos son cruciales. El más importante es la tríada de conceptos de Marx sobre el “metabolismo universal de la naturaleza”, el “metabolismo social” y la “ruptura irreparable en el proceso interdependiente del metabolismo social”, o la ruptura metabólica provocada por el desarrollo capitalista. El concepto de metabolismo universal de la naturaleza reconoce que los seres humanos y las sociedades humanas son una parte emergente de la naturaleza. Y la ruptura metabólica refleja el hecho de que un metabolismo social alienado, dirigido a la expropiación de la naturaleza como medio de explotación de la humanidad y de acumulación de capital, produce necesariamente una crisis ecológica, abriendo una brecha entre este metabolismo social alienado y el metabolismo universal de la naturaleza del que formamos parte.

El propio Marx proporcionó una penetrante definición de lo que ahora llamamos desarrollo humano sostenible. Nadie -ni siquiera todas las personas o todos los países del mundo- es dueño de la tierra, sino que estamos obligados a mantenerla en usufructo como buenos administradores de la casa, sosteniéndola para la cadena de generaciones humanas. Un progreso genuino en este sentido, que supere la alienación de la naturaleza y la humanidad asociada a los procesos de expropiación y explotación, tiene que abarcar la noción no sólo de un proletariado económico (y un campesinado económico) como la principal fuerza de cambio, sino, en un materialismo más inclusivo, de un proletariado medioambiental (y un campesinado ecológico). De hecho, las tres categorías con las que empezamos -civilización ecológica, revolución ecológica y marxismo ecológico- apenas tienen sentido sin este cuarto término de proletariado medioambiental.

Nuestra relación con la tierra es la relación material más fundamental de la que surgen nuestra producción, nuestra historia y nuestras relaciones sociales. Aquellos que están más alienados, explotados y degradados por el sistema en sus relaciones con la naturaleza y la tierra, constituyen tanto la fuerza como los medios para el cambio en el siglo XXI. En lo que Marx llamó la “jerarquía de las necesidades [humanas]”, nuestra relación con la tierra es necesariamente la primera, ya que constituye la base de la supervivencia y del desarrollo de la vida misma.